

Una colaboración fructífera: el contingente de la Fuerza Aérea española y la misión diplomática de observación de España en Namibia

ANTONIO ORTIZ GARCIA,
Primer Observador Diplomático de España en Namibia

EL aspecto más noble y atractivo de la diplomacia se centra en toda contribución a la paz.

Coincide así con las modernas concepciones de los ejércitos nacionales, cuya misión no queda hoy limitada en exclusiva a la defensa del territorio, sino también a través de alianzas, a una básica contribución al mantenimiento de la paz mundial.

Entre las actividades más destacadas de N.U. durante el último decenio, figuran las O.M.P., operaciones de mantenimiento de la paz, en las que nuestro país no había participado hasta el año actual. La ausencia española era casi una anomalía en la acción exterior de nuestro país, que la evolución política de los últimos tiempos ha abierto al universo, recuperando así una vieja vocación.

Los ejércitos españoles, que por imperativos políticos se habían visto forzados a un inconveniente aislamiento, empiezan, a través de nuestra participación en el Tratado del Atlántico Norte, a relacionarse con fuerzas militares de países aliados. Si aquel había sido el bautismo de la relación internacional de nuestros ejércitos, quedaba la confirmación de una participación en una de las operaciones de mantenimiento de la paz de N.U.

Tras el prólogo de UNAVEM, para la verificación de la retirada cubana de Angola, un importante contingente del Ejército del Aire español con ocho aviones tendría un notable papel en el GANUPT, grupo de asistencia de las N.U. para la transición de Namibia. Las siglas inglesas UNTAG son las que han dado el



En torno a la improvisada mesa de trabajo del Observador de España, conversan el Observador Diplomático de España Antonio Ortiz con el Comandante Jurídico Eduardo M. Vara de Rey y el Capitán Médico José Ignacio Peralba.

nombre más extendido a la operación.

Cuando el Ministerio de Asuntos Exteriores me ofreció la posibilidad de volver al continente africano, donde hace ya más de dos lustros, entre 1978 y 1981 fui Embajador de España en Ghana y en la República de Togo, la idea me resultó muy atractiva, pese a las difíciles condiciones en que debería desempeñar mi trabajo.

No se trataba sólo de una nueva experiencia africana, sino de asistir al histórico momento de la creación de un país, en la mayor operación emprendida en la historia de las N.U. y sobre todo en compañía de un selecto grupo de compatriotas. Fue este último elemento, el decisivo en mi aceptación de la misión.

Objetivos de la Misión del Observador Diplomático

En contacto con los Ministerios de Asuntos Exteriores y de Defensa en Madrid, se fijaron los principales objetivos de la misión que debería abrir en Windhoek:

1. Servir de apoyo al contingente español en UNTAG.
2. Enviar información sobre el proceso de independencia de Namibia para llegar a las elecciones libres y justas previstas por la Resolución 435.
3. Defender los intereses de España en el territorio y dar los primeros pasos para establecer una cooperación que permita en el futuro fructíferos intercambios económicos.



En el despacho del Jefe del Contingente Teniente Coronel Luis Ferrús, el Observador Diplomático de España Antonio Ortiz y el Jefe Adjunto del Contingente, Comandante Rafael Clemente.



El Observador Diplomático de España Antonio Ortiz estudia el mapa de UNTAG de Namibia con el Jefe del Estado Mayor de UNTAG Teniente Coronel José Manuel Poblador.

La organización de nuestra Misión Diplomática

Durante medio año de convivencia con mis amigos del contingente español, hemos compartido ilusiones y trabajos.

Al llegar a Windhoek, mi principal capital era, además de un montón de papeles e informes con que me

habían cargado en nuestra administración central, alguna experiencia y una cierta dosis de imaginación. En una modesta habitación del Hotel Safari, de cuyo funcionamiento no puedo hacer propaganda, y con la colaboración, casi desde el primer día, de Colleen Ruiz, con quien todavía sigo discutiendo sobre la diferencia de los géneros en-

tre el inglés y el español, echamos a andar.

Lo primero de todo fue pensar cómo íbamos a llamarnos. Mis compatriotas del contingente lo tenían clarísimo. Yo sin embargo, había de explicar qué hacía; y lo del "liaison office" que organizarían americanos y soviéticos, me parecía denominación inusitada en nuestro idioma y que podría inducir a confusiones sobre mi cometido. Como en UNTAG había también observadores militares, yo debía subrayar mi condición civil. La conclusión fue autobautizarme como Observador Diplomático de España, denominación que hizo fortuna y han seguido más de una veintena de países.

Vino después el problema de las comunicaciones. Una línea de teléfono resultaba indispensable, aunque sólo fuera para evitar los atracos del hotel. Tras brillante y rapidísima gestión con las autoridades locales, lo que me induce a cierta sorpresa, conseguí nuestra línea directa, útil cordón umbilical con España para los militares y para mí.

La ayuda del Ejército del Aire resultó primordial para mejorar nuestras comunicaciones. En uno de los primeros Hércules que, cada tres semanas, nos aseguran suministros y renuevan el personal del contingente, vino una teleimpresora un tanto gafada. Ni los especialistas de nuestro contingente de cascos azules ni los expertos de UNTAG consiguieron ponerla en marcha. No me quedó más solución que pedir otro aparato en el siguiente Hércules y devolver el estropeado al Ministerio de Asuntos Exteriores en Madrid. Después de detallar el destinatario y el remitente con llamativas letras rojas, el cajón hizo su segundo viaje en el Hércules. Sorprendentemente seguido por un tercero desde Getafe a Windhoek. Tras nueva explicación y más telegramas, conseguí que el cuarto viaje, un nuevo trayecto de Windhoek a Getafe, del gafado telefax fuera el definitivo.

Menos mal que vino también un nuevo aparato que sigue funcionando y que es nuestra vía principal de comunicación utilizada también por el contingente. La instalación provisional de la Misión Diplomática Española, que hubiera querido sirviera de casa a nuestros cascos azules, no ha permitido cometido todavía.

Las horas y esfuerzos dedicados

a la selección de edificios y a gestiones para la instalación de la Misión Española no encontraron eco suficientemente rápido en nuestra administración. Sin embargo, espero disponer pronto del edificio finalmente adquirido para cancillería, donde los españoles serán siempre bienvenidos.

También mis amigos militares han seguido con interés, la caza a lazo de un conductor y un nuevo secretario para la oficina. El resultado es que un joven barcelonés Roelof Kunst, que todavía no ha hecho el servicio militar, podría encontrarse con la conmutación del mismo por servicios prestados al contingente de la F.A.E.; un nuevo concepto del servicio militar en el extranjero. El conductor Rehabeam Kakuva, Rabi para todos, está aprendiendo español a marchas forzadas, con la tradicional facilidad de los africanos acostumbrados al uso cotidiano de múltiples idiomas y dialectos.

Todos juntos sufrimos el difícil parto de la organización de la valija, que cuando no se pierde, nos trae cartas familiares, periódicos de España, e incluso alguna orden de la Superioridad.

Bastan estas rápidas pinceladas; la relación de muchas otras podría ser interminable.

Nuestro contingente

El día en que en el Aeropuerto Internacional de Windhoek, con casi un par de semanas de experiencia namibiana por mi parte, recibí en medio de uniformes militares de una docena de países, a nuestros cinco pioneros, de calle y sin maletas, comenzó un contacto cotidiano con el contingente español en UNTAG. Los Tenientes Coroneles Ferrús y Poblador, el Comandante Santo Senra, el Capitán Mulero y el Brigada Juan Sanz fueron los primeros de los muchos amigos que iba a hacer en Namibia y que espero seguir viendo por el mundo.

Desde el primer alojamiento en conventuales celdillas en el edificio Troski, que por cierto nada tiene que ver con el malogrado revolucionario, pasando por el pabellón de enfermeras, sin enfermas, del Hospital General de Windhoek, hasta la estancia provisional en el Hotel Safari, he vivido todas las peripecias de los alojamientos de la aviación española en Namibia.

He visto en detalle todas sus residencias preocupado por los problemas de cada caso; desde la rotura del sistema de agua caliente en el Pastoral Centre, institución religiosa dirigida con afecto por el 'Hermano Brother', como era llamado por nuestros suboficiales, hasta las tiendas de campaña que varias semanas ocuparon los cabos primeros.

pañoles". A base de insistir, se van consiguiendo de la dirección de UNTAG los medios necesarios.

La convivencia con los pilotos me ha permitido aprender muchas cosas; he llegado casi a enterarme de cómo funciona el Omega. En la cabina de los C212, que han prestado un servicio espléndido, he recorrido el país.

Como botón de muestra, recor-



En el aeródromo de Eros, donde se encuentra instalada la base del Contingente español, el Observador Diplomático Antonio Ortiz con el Jefe del Estado Mayor de UNTAG Teniente Coronel José Manuel Poblador.

Aunque mi solidaridad no me ha llevado a ducharme con agua fría, compartí más de una comida, y sobre todo no ahorré gestiones para mejorar la situación de mis compatriotas.

Junto con los militares españoles, he visto como el casi inexistente parque de vehículos se transformaba en una completa flota, incluyendo automóviles todoterreno, furgonetas y hasta ambulancias y camiones. Ahora ya no es verdad como dicen las populares "sevillanas namibianas", compendio de chispa y simpática crítica sin malicia, "que sólo iban andando negros y es-

daré sólo que hace varios domingos, volviendo de una visita a uno de los contingentes del norte, aterrizé en el aeródromo de Grootfontein y en los tres minutos siguientes, se posaron los otros tres aviones que aseguraban las correspondencias. No pude por menos de sentirme orgulloso de representar en Namibia al país cuyo contingente había sabido organizar tan puntuales líneas aéreas, como me comentaron oficiales daneses, finlandeses y malayos, además de varios funcionarios civiles de UNTAG, viajeros de nuestros aviocares.

En los avioncitos pintados de



Inauguración de la nueva sede del Estado Mayor del Aire en UNTAG. De izquierda a derecha Teniente Coronel Poblador, General Prem Chand, el Observador Diplomático de España y Jefe Adjunto del Estado Mayor del Aire Teniente Coronel G. Wick.

blanco, y por primera vez en la historia de la aviación militar española, con los emblemas y las siglas de Naciones Unidas, he sobrevolado los desiertos y las estepas namibianas. Con gusto, he cumplido lo que consideraba mi obligación, recorriendo zonas del país donde puede haber futuros intereses de España y sobre todo visitando a mis compatriotas destacados en el norte. He tenido que tomar, como todos, la quinina para protegerme contra la frecuente malaria de las zonas fluviales de Rundu en la región de Kavango, donde dos aviones con sus tripulaciones, renovadas semanalmente, aseguran el servicio al norte y noroeste del país. He compartido comentarios y latas de judías de supervivencia y he comprobado las duras condiciones a que había que hacer frente en estos destacamentos de vanguardia.

He llegado a Ondangwa en un sorprendente vuelo a baja cota, que hacía decir a algún pasajero "para ser un tren, el vehículo se movía bastante". En efecto, por la ventanilla se veía el mismo paisaje que desde un veloz expreso. He comprobado el alojamiento de campaña de los primeros meses en Ondangwa y puedo contar sin faltar a la verdad, que el espíritu de servicio de los miembros de nuestro contingente es encomiable al soportar con gusto condiciones de misiones de campaña.

En la medida de mis pocos medios, he informado a la prensa local y a los corresponsales extranjeros de las actividades y misiones del contingente español; he preparado notas de prensa y atendido a periodistas españoles. En viaje de trabajo a España me he reunido en el Estado Mayor del Aire con jefes y oficiales de futuros relevos.

Naturalmente, he hecho comentarios, alguna observación y quizás alguna crítica, siempre con espíritu constructivo y pretendiendo la mejora de nuestro primer grupo de cascos azules. En todos mis interlocutores, he encontrado receptividad e interés y una plena disponibilidad y deseo de superación.

Una positiva colaboración

En estas fugaces impresiones van sólo algunos recuerdos quizás poco ordenados de mi medio año de convivencia con los cascos, más bien boinas, azules de España. Estos seis meses por la riqueza de experiencias, podrían llenar de recuerdos y anécdotas, varios años.

Me pasa como a los ciudadanos de Windhoek, a los que en alguna ocasión, preguntando sobre el número de los españoles, respondí "pasan poco de 80" y escuché la replica "¡parecen 800!"

Mi conclusión de la que quiero dejar constancia, es que aunque no siempre haya podido ser así por imperativos del pasado, el sector exterior de nuestra proyección nacional exige una participación conjunta de la diplomacia y el ejército. Los ejecutores de la política exterior del Gobierno estamos llamados, en un mundo en el que España ha recuperado su lógico lugar y presencia, a marchar codo con codo con los protagonistas de la defensa nacional.

Para mí, esta colaboración ha constituido mucho más que una notable experiencia. Ha sido un honor y una satisfacción y tengo la seguridad de que en el futuro, muchas veces, ejército y diplomacia volverán a encontrarse fuera de nuestras fronteras.

Muchos también encontraremos de nuevo, viejas amistades acuñadas, bajo la bandera azul de las hojas de olivo que al viento seco de Namibia proclama nuestro común objetivo: el mantenimiento de la paz. ■